

Lengua Mágica

MARIO CAJINA-VEGA
Licenciado en Ciencias Sociales

OPERETA DEL "CHUNCHE"

Como nicaragüense, mi vocabulario es el de un ciudadano mágico que baraja tres ensalmos: el chunche, la vaina y el comosellama.

Chunche, vaina y comosellama, diversificados familiarmente en combinaciones y subproductos, capitalizan nuestra lengua. No son vocablos: son exorcismos. Conjuros colectivos. A manera de colorante, y para enfatizar las situaciones en que resaltan, se les agrega siempre la receta popular de alguna exclamación impublicable: el "... " o el "j...".

A así se completa el diccionario manual de quienes le ponemos música al dialecto.

El chunche, primera composición fonética de uso complejo, es la clave del sobre-entendido. Como pequeño dios tutelar, preside los diálogos nicaragüenses. Su existencia es incorpórea porque precisamente la gracia del chunche está en no poseer ser concreto. Es lo indefinible que sirve sólo para nombrar lo inexpresable. Objeto, no; concepto, tampoco. Materia, menos! ¡Abstracción, abstracción pura, abstracción invocada mediante un sonido simpático capaz de responder con efectos taumatúrgicos!

Chunche, digamos, sirve para todo sin llenar un significado especial. Tiene virtudes mecánicas:

—¿Andás en chunche? —le preguntan a uno, refiriéndose subjetivamente a cualquier tipo de transporte. Automóvil deportivo o jeep agrícola. Camioneta o avioneta.

Y refleja, asimismo, herencias tradicionalistas:

—Todo chunche de antes era superior a los de hoy —decreta, en cualquier oportunidad, la gente aludiendo por igual a las viejas máquinas de coser o a los bien curtidos aperos de cabalgadura. Con lo cual el vocablo se vuelve sentencia sumaria, además de oscilar entre el anacronismo y la vaguedad.

En el nervioso presente, contradictorio y experimental (siempre de paso, brevedad de tránsito que es

ya ilusión de fuga y nueva caducidad futura) el chunche conserva sus facultades domésticas. Es una maravilla de la vida diaria el atender a las costumbres domésticas y escuchar aquella lánguida protesta, en cantarina modulación femenina, que reprocha:

—¡Pero hijita, si ya te dije que en ese chunche no se cocina así! —Y la gallina, que se sobredoraba en orégano o enriquecía su sazón entre piñas, pasa a aromar un utensilio más apropiado para la cocción.

El chunche disfruta de igual habilidad en sus relaciones sartoriales:

—¡No! Este chunche me queda muy tallado, mejor suéltemele dos puntos —observa, con precisión de costurera y semivirginal recato, la joven recién casada. Y el chunche (un traje costal o una falda a media canilla, calculados en París y ejecutados en Managua) se configura a la nueva idea de un traje pudoroso.

En el trato diario es el comodín ideal para suplir alusiones o abreviar cortesías:

—Pasáme el chunche —indica uno de los comensales, en mesa de pequeñas galas. E inmediatamente, con interpretación de iniciado y sin titubeo esotérico, su vecino o el anfitrión le alargan el salero o el chilero o el cuchillo o cualquier otro objeto que, por mágico misterio, era específicamente el deseado.

Siempre, siempre nos entendemos a base de tal chunche, como si un milagroso instinto de objetivación produjera, en el lugar previsto, la materia solícita.

Chunche-reloj, chunche-cigarrillo, chunche-navaja, chunche...

Primera lección en idiomas tropicales: literalmente hablamos por señas. Nuestra lengua es un ideograma. Conjuramos ubíquas abstracciones con una palabra de apenas dos sílabas que luego resulta toda una alquimia. Nos expresamos mediante cierto sexto sentido nacional conocido, genérica e indefinidamente, por "chunche".

Su misterio, su providencialidad, su gracia están aún inéditos. La Real Academia no se atreve a registrar esta palabra genial, panacea del pensamiento. Lo cual resulta apenas, apenas lógico... ¿Cómo, cómo definir una cosa que nadie sabe qué es, aunque mediante su concurso todos materialicemos las infinitas necesidades de un lenguaje inefable?

PREGON DE "LA VAINA"

Pues amigos, la vaina casi iguala al chunche. No tiene, quizá, su utilidad. Desde luego, no es un índice verbal haciendo aparecer utensilios y artefactos disímiles, que es lo que el chunche es. La vaina, en cambio, posee nombradía. Esta exaltada y como sublimada por cierto prestigio dramático. Se acude a ella para dar distinción, categoría, teatralidad íntima al desánimo.

¡Qué Vaina! —filosofamos, con unanimidad de coro y renunciamiento místico, ante la crisis financiera o el derrumbe de las ilusiones. (Y quienes escucharon así nuestro melancólico apóstrofe, inmediatamente experimentan un impulso de respetuosa identificación hacia el afectado). Por supuesto, especificar un sentimiento como el que se formula a propósito de la vaina, resulta casi imposible. Basta con pronunciar, en tanto se menea con desconsuelo la cabeza, el ¡Qué Vaina!, escoltado por las bayonetas tipográficas de dos admiraciones, para que quede satisfecha nuestra

FARANDULA DEL "COMOSELLAMA"

"Comosellama" anda siempre por ahí. A la distancia de un ademán, pero escapándonos siempre de la memoria. Todos han visto a "comosellama" pero nunca nadie, ¡ay!, sabe su nombre propio. Es el socio anónimo de la santa ningunería. Como decir: un amigo de cara conocida y personalidad desconocida...

Cuando alguien saborea el coctel idiomático de inquirir "¿Cómo es que se llama comosellama?" está auxiliándose con la gramática del olvido. Porque don comosellama es la mala memoria o la solución ambigua al compromiso de las alusiones indefinidas. Su gesto verbal está en salir del anonimato permaneciendo siempre anónimo!

Personaje confuso y tímido, se considera el suplente más a mano para cuando precisamente no se quiere explicar nada. Es tan impersonal, tan general, tan nacional, que podemos proclamarlo la variante colectiva, comunitaria, del "funalismo". El funalismo: la familia del fulanito y la fulanita. La fulanita y el fulanito, como zutana y mengano, son, a su vez, la farándula completa. Han servido de coro al castellano universal. Y así en esa zarzuela del vivir a puro pre-

cuota de drama. El infortunio no necesita, entre nosotros, otra sobria imprecación. Es como si la infelicidad se desplomara del cielorraso abajo, dejando incólume a la víctima como una estatua de su misma desgracia.

Además de esta hipérbole fatal, "la vaina" tiene usos más caprichosos y contradictorios. Alegrementemente, se la ocupa para minimizar situaciones sin mayor trascendencia, espantando todo escrúpulo y remitiéndolo a ese cementerio de pobre que son las penas sin tragedia.

—¡Puras vainas, hermanos! —es el cordial consejo, superficial y reparador, con que solemos liberar a cualquier amigo de aflicciones de segundo orden. Una especie de fraternidad al descuido. Y así, como por compensación, se producen sedancias benéficas que acreditan a las verdaderas vainas, a la gran vaina, distinguiendo entre pesimismo y la fatalidad. Sí, hay vainas de fondo; vainas que antologizan una forma verbal inenarrable y comprimen lo patético dentro de dos vocablos: ¡Qué Vaina! . . .

Así se rotula la vaina, en nombradía, y sin que el uso popular afecte su elegancia de naufragio irremediable, su resignación a un tiempo vertical y mortal.

Si no existiera esta exclamación, . . . si no pudiéramos estrujar la tragedia hasta dejarla, como fósil de museo, reducida al vendaje provisional de las palabras. . . ¡qué vaina, entonces, para todos nosotros!

texto y pura excusa, el fulanito y la zutanita, emparentados también con perencejo, resultan los comparas de la situación difícil. Lo que en el cine se denomina como "extras" de cajón. Utería humana. . .

Una elegante dama, rubia y ácida como un limón real, me insistía entre risa y burla:

—Quiero que Usted me presente a ése comosellama. Lo he oído nombrar tanto aquí en Nicaragua. . .

La verdad es que indagar sobre comosellama equivale casi a hacer espionaje no etimológico dentro de nuestro vocabulario.

La oración perfecta de la lengua nicaragüense, la sintaxis hecha jeroglífico, sería algo así tan abstruso como

—¡Ve vos, niño, decíle a comosellama que venga a arreglar el chunche que le pasó una vaina—.

Esta magistral antología de incógnitas es nuestra síntesis definitiva.

El idioma transformado en nigromancia. Ningún otro pueblo del mundo, aparte del centroamericano que siempre está hablando pared de por medio, podría entenderla, traducirla o descifrarla. Tal vez ahí, en el recinto burlesco y hermético de la expresión, esté el santuario del alma nicaragüense. Ser un pueblo en infinitivo; un habla que construye su abstracto mediante la incomprendibilidad. Completándonos, circula un refrán que es toda una mímica: "Al entendido, por señas; al rústico, por palabras". Parlamos, pues, la inteligencia de las señas: tres exorcismos (chunche, vaina, comosellama) que conjugan o conjuran un idioma. Aún estamos en la Edad de la Magia.